

Roma, lugar de encuentro

ANTONIO LUQUE PIÑERO VICARIO DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN GRANADA

nal, estaba a punto de entrar en el conclave convocado tras la muerte de Pablo VI, estuvo rezando ante los restos mortales de Josemaría Escrivá, que había

fallecido tres años antes. Sabedor del enorme amor que el sacerdote español había tenido siempre a la Iglesia, le encomendaría, sin duda, los acontecimen-

tos decisivos que iban a desarrollarse en la capilla sixtina. Lo que no podía imaginar es que el Papa elegido estaría solamente 33 días al frente de la Iglesia, y que del sucesivo cóncilave saldría el vestido de blanco para quedarse definitivamente en Roma. Aunque, como en el caso de Josemaría, lo de "quedarse" en Roma sólo se puede aceptar como válido si se tienen también en cuenta los 104 viajes apostólicos fuera de Italia, y los 146 por el interior de ese país que realizó durante su pontificado.

Me venta, por esto, a la cabeza la atinada calificación que hace de la vida de San Josemaría el decreto de la Santa

Sede sobre sus virtudes heroicas, cuando lo califica de "contemplativo itinerante". Pienso que las mismas palabras servirían perfectamente para comprender la actividad de Juan Pablo II. Los dos reposan ahora en la ciudad eterna, después de una andadura intensa, apasionada, entregada hasta el último suspiro a la tarea de abrir nuevos caminos al campo de su oración y de sus pisadas.

La oración, el empuje apostólico y el sacrificio alegre en la difusión del evangelio fueron señas de identidad cristiana desde el comienzo de la Iglesia.

Siempre me impresionan las palabras del Señor a Pedro avisándole del peligro que tomaría su vida: "Cuando eras más joven te ceñías tu mismo e ibas a donde querías; pero cuando envejeces otro te ceñirá y extenderás tus manos y te llevará a donde no quieras". Sería en Roma donde Pedro se vería ceñido por otro, extendiendo sus manos como canchivo, para ir al suplicio y a la muerte. Pedro no va a Roma a triunfar, a partir de algún modo, del poder que se acumula en la capital del imperio; no se sienta allí como un gran estratega, que busque el centro de las comunicaciones e influencias, para llegar rápidamente a todas partes. No, Pedro va a Roma a morir por amor a Cristo. Jesús muere en Jerusalén para manifestar cuánto ama a su pueblo. Su sucesor, Pedro, muere en Roma para manifestar que ese amor es extensivo a todo el mundo; para hacer visible a todo el orbe conocido el amor de Cristo.

¡Qué difícil es entender la figura del Papa fuera de estas coordenadas! Y qué fácil, situándose en ellas, entender está exclamación de San Josemaría: "Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón" (Camino 573).

OS dos llegaron a Roma por primera vez el año 1946. Josemaría desde España, tras un accidentado viaje en barco. Karol desde Polonia, después de atravesar en tren media Europa. Josemaría tenía 43 años y 20 de sacerdote. Karol cumplía 27 al cabo de unos meses, y había celebrado su primera Misa hacía tres semanas. Aunque el equipaje que llevaban era pequeño, cabían en él grandes sueños y proyectos.

Karol soñaba con el momento en que su país recobraría la libertad política para poder contribuir a que Europa se desarrollara con la fuerza de la libertad cristiana, vivida por ellos, en esos momentos, con tantas restricciones y tantos sufrimientos. Su proyecto inmediato era pasar dos años estudiando y "aprendiendo Roma", como le había aconsejado el rector del seminario de Cracovia; presentar, después, su tesis doctoral, y regresar a su país.

El fundador del Opus Dei soñaba con que arraigara pronto en suelo romano la semilla que el Señor había puesto en sus manos, unos años antes, en Madrid. Él, que se consideraba un fundador sin fundamento propio, sabía que esa planta debía crecer y desarrollarse junto a Pedro, porque su proyecto no era otro que servir a la Iglesia en todos los lugares. Iba a Roma para quedarse, y desde allí viajó tanto como pudo para difundir por todas partes el mensaje que había recibido.

Aunque llegaron a la ciudad eterna el mismo año, no se conocieron personalmente ni entonces, ni después. Pero sí se encontraron. Roma es, hablando con precisión y profundidad, lugar de encuentro para todos los católicos. Cuando, al cabo del tiempo, Karol, ya cardenal,

